

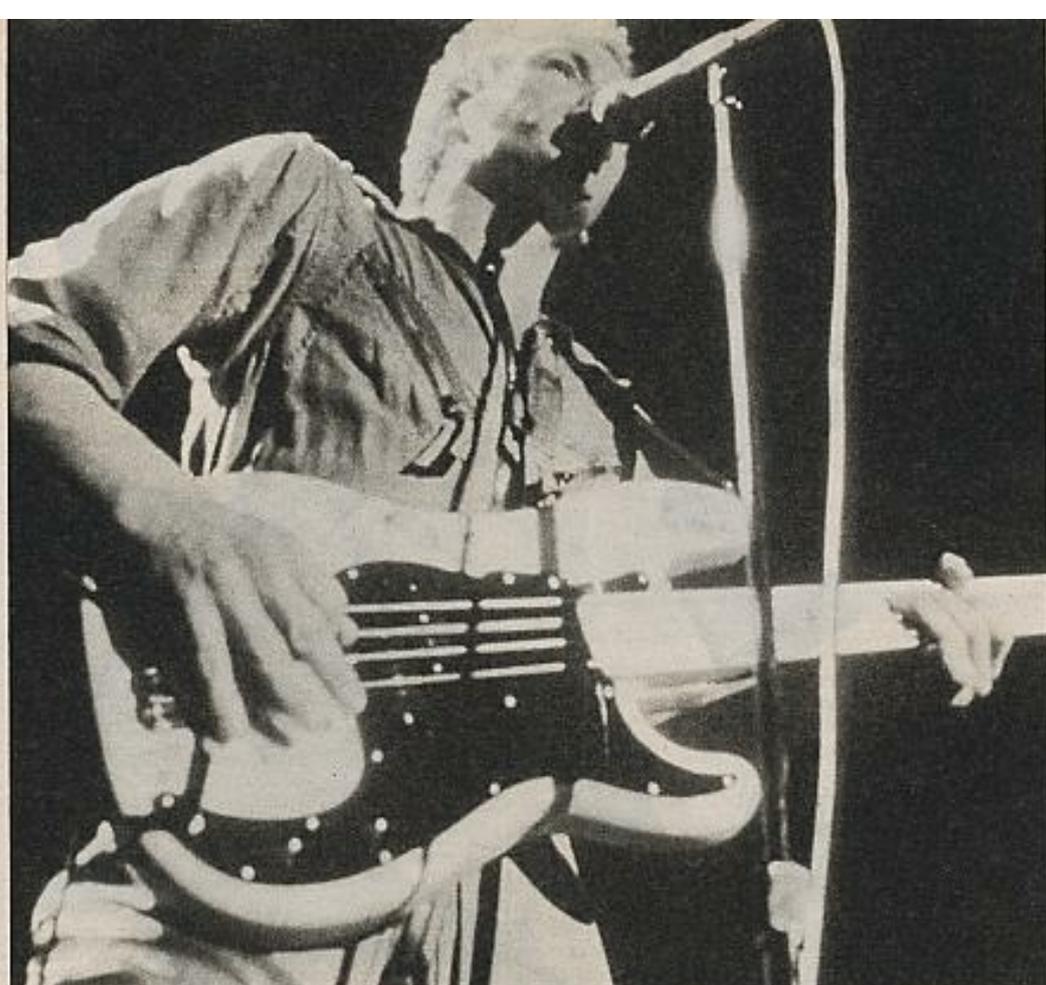
EL SEÑOR DE LOS ANILLOS

ser explorado. Su empresa tiene el empeño del conquistador, del que descubre e inaugura mundos y nos asombra. Pero hay más.

"El señor de los anillos" no se queda sólo en la deslumbrante y sorpresiva creación de un universo mítico expresado con un discurso original. También encierra una parábola moral, una parábola política. "El señor de los anillos" gira en torno a la posesión-destrucción del anillo único. Hay quien dice que Tolkien escribió la novela como una advertencia contra los riesgos de la guerra atómica. Ese anillo único vendría a ser, pues, una metáfora de la gran bomba, del arma definitiva. Pero, igualmente, puede encontrarse otro nivel de lectura en la obra.

En dos momentos muy claros y explícitos Gandalf —el buen mago de blanca barba— y Galadriel —la reina de los elfos— rehúsan la posesión del anillo. El anillo es el poder. Boromir de Gondor, de la raza de los hombres, fue muerto a causa de su ambición por tenerlo. Saruman, el gran mago maestro de Gandalf, se corrompió por la misma causa. Cuando Gandalf y Galadriel rechazan el mágico anillo, están renunciando al poder. Con él podrían derrotar al señor Oscuro, pero también saben que él lo forjó y que les sería muy difícil —una vez vencido el Mal— renunciar a la tentación de emplearlo para provecho propio. La parábola de Tolkien es exorcismo y aviso. Exorcismo, conjuro, para liberarnos del deseo de detentar el poder absoluto. Aviso de que ese poder absoluto sólo conlleva degradación, corrupción y envilecimiento.

Se ha dicho que "El señor de los anillos" es como un relámpago en un cielo claro. Con ello se aludía al retorno, en unos tiempos como los nuestros, de una determinada forma de narrar, ejemplificada en la obra de Tolkien. Una narrativa concebida sin inhibiciones, románticamente exaltada, exótica, brillante, subjetiva y no realista, plétórica de imaginación y de fantasía, y que, además, encierra una honesta concepción de la vida. Quizá porque nos falte todo eso en nuestra época se explica la irresistible ascensión de J. R. R. Tolkien, de la mano de "El señor de los anillos". ■ S. M.



Sting, bajista de The Police.

The Police

ROMPEHIELOS DE LA NUEVA OLA

DIEGO A. MANRIQUE

EL pasado viernes, la Nueva Ola inglesa hizo su aparición oficial en nuestro país. Ciertamente el escenario —el Pabellón de Deportes de Badalona— había recibido pocos meses antes la visita de Elvis Costello, pero el hombrecillo airado de gafas a lo Buddy Holly no logró concitar la turbulencia que rodeó al debut de The Police, bien arropados por un fuerte aparato publicitario que insistía machaconamente en los discos de oro y platino que han logrado en tal o cual lejano país (información aparentemente vital que fue reproducida profusamente).

La noche del concierto, centenares de personas sin entradas (y eso que Gay and Co se habían excedido en vender papel) se congregaron alrededor del local y hubo los consiguientes enfrentamientos con la Policía (la de verdad, no la musical). En el inte-

rior, los afortunados sudaban y contemplaban los rituales del rock pesado limpiamente revividos por un veterano grupo madrileño llamado Coz.

Y es que la noche iba de veteranos, profesionales, viejos zorros del "rock business". A pesar de toda su aureola de novedad y nubilidad, los Police son músicos experimentados que se han subido al tren de la Nueva Ola. Primero intentaron engancharse al caballo salvaje del punk (de ahí su nombre chirriante y provocador), pero resultaba demasiado evidente su intrusismo; fueron castigados con el desprecio en su Inglaterra natal, donde la prensa musical exige unos niveles altos de concienciación política y estética. Los tres músicos de The Police no se sentían involucrados con los ideales defendidos con más o menos sinceridad por sus colegas herederos de la revolu-

ción punk. Uno de ellos, el americano Stewart Copeland, golpeaba la batería con un grupo tan pretencioso como Curved Air hasta que descubrió que aquello era un callejón sin salida y que lo de los Sex Pistols era infinitamente más potente y divertido. El guitarrista, Andy Summers (o Somers), llevaba en su cara las señales de un larguísimo peregrinaje que le había llevado de grupos floridos como los primeros Soft Machine y Eric Burdon and The Animals hasta empleos tan deprimentes como acompañante de David Essex. El tercer miembro era Gordon Sumner, un bajista y cantante de Newcastle al que se apodaba Sting; su principal experiencia musical era Last Exit, una banda de jazz-rock de tipo amateur que pasó sin pena ni gloria por el Festival de Jazz de San Sebastián de hace unos años.

Pero estamos en la primavera de 1980. The Police rompieron el cerco del silencio decretado por los semanarios ingleses mediante su trabajo incesante por Europa y Estados Unidos. Su laboriosidad les permitió invalidar el tabú de la Nueva Ola inglesa —se la suponía demasiado cruda para el adulterado gusto norteamericano— y abrir brechas para el rock más fresco. En España, llegan los Police con el carisma de grupo del año —como Dire Straits lo fueron en 1979— con todas las connotaciones de "qualité" y máxima modernidad. Sting, el líder aparente del trío, ya es una imagen clásica de rocker gracias a su participación en películas

como "Quadrophenia", "Radio on" y la nueva de Francis Ford Coppola.

Con todo este capital a su favor, la actuación barcelonesa de The Police no podía por menos de ser triunfal. Y así resultó, gracias a un público más que entusiasta, unos músicos que supieron pulsar las cuerdas secretas de la audiencia y una iluminación efectiva.

Aclaremos que el repertorio de The Police consta de dos canciones repetidas con títulos diferentes. La primera es la típica cabalgada punky, rápida y contundente. La segunda está patentada en la oficina del registro de Grandes Ideas del Rock a nombre de The

Police: usando elementos primarios del estilo "dub" de los productores jamaicanos (es frecuente que los interludios instrumentales sean duetos de bajo y batería), Sting pone en escena canciones de soledad y dolores de amor, temas perfectamente adecuados a su memorable voz aguda y emotiva. "Roxanne", "Can't stand losing you", "Message in the bottle", "Walking in the moon", "The bed's too big without you" son espléndidas muestras de este hábil injerto del reggae en el rock. En vivo, lo que pierden por las deficiencias del vocalista —demasiado agotado para alcanzar la pureza de los cantantes caribeños— lo com-

pensan con la elasticidad de unas estructuras que permiten espacio improvisatorio para jugar con las tensiones del público. Trocan finura por intensidad sonora y arrastran a la audiencia, todavía demasiado impresionados por la belleza de la fórmula para aperebirse de su amagura.

¿Y lo de la Nueva Ola? The Police están a un nivel comercial que pueden prescindir de tales escudos: ya están en el limbo de las superestrellas. El espíritu de la Nueva Ola estuvo presente en el improvisado recital de The Beat durante su estancia en Madrid; lo de Police en Barcelona fue la misma y vieja cosa de siempre. □

SAUTIER CASASECA La muerte del folletín nacional sindicalista

RAMIRO CRISTOBAL

SAUTIER Casaseca era un gran tipo histórico de cierta picaresca española. No tenía mucho sentido dialéctico, ni presunción de reformista, pero, en cambio, tenía muy claro la sabia conveniencia de coincidir con los repliegues de la vida que marcan los que mandan. Republicano durante la República, "nacional" durante la guerra, franquista en el franquismo. Sólo ahora, al final, parecía sentirse triste y descontento de lo que consideraba "demagogia" en la prensa y en el teatro. El, que hizo una literatura cargada de ideología, solía escandalizarse de cómo "ciertos autores" utilizaban el teatro para "jugar con ideas políticas".

Su historia juvenil es la de muchos españoles de su época y condición. Había nacido en 1910, en Santa Cruz de la Palma, en una familia de terratenientes acomodados. Con sólo veinte años y con la carrera de Derecho sin terminar, se viene a Madrid. A un Madrid en el que está a punto de acabar la Dictadura y comenzar la República. Trabaja de pasante con Cambó y se coloca, por breve tiempo, como secretario del presidente del Tribunal de Garantías Constitucionales. La familia ya le había dado un destino: colocarse en el bufete de su tío don Simón de las Casas Casaseca. Mientras, simpatiza con la República, aunque frecuentemente ha matizado que su simpatía no era con unas ideas políticas, sino con "aquello", es decir, con una ilusión juvenil de novedades y cambio.

Cuando estalla la guerra, combate en el Ejército rebelde. A veces dice que era un mero azar del destino el que determinaba en qué bando combatía un español. Otras, dice, francamente, que "no fue por casualidad, sino porque yo me afilié". Por entonces ya estaba desengañado de "aquello" que la "demagogia de los políticos" había destruido. De la guerra decía que "en aquel entonces era necesaria; era necesario cortar por lo sano lo que ya se estaba convirtiendo en un cáncer. Afortunadamente se llegó a tiempo de que el cáncer no siguiese".

Del estraperlo a las lágrimas

Pero la historia de Sautier Casaseca no empieza en esta su militancia guerrera, ni en la práctica del estraperlo que confiesa haber practicado ("Ni siquiera me importa decir que yo también hice estraperlo. Yo traía fruta con un camión, puse un maduradero de plátanos y ganaba mucho dinero, incluso tuve un puesto de frutas en el mercado de Legazpi"). No, la historia real de es-

te hombre empieza en los años cuarenta, cuando el jefe de Programación de Radio Madrid, Aznar, hijo, le encarga hacer adaptaciones de folletines argentinos, entre los que gustaba de recordar "La pasión de Bernadette", "Un clavel en el frac" y "La muerte está mintiendo". Un poco más tarde adapta "El conde de Montecristo" y realiza una labor fundamental de cara a la censura: eliminar de la vida de Dantés todo lo que pudiera resultar "peligroso".

Es interesante esta función del joven adapta-



dor Sautier Casaseca, porque es un poco premonición de su verdadera aportación posterior: la creación del folletín nacional sindicalista. Es decir, la reconversión del folletín tradicional, generalmente "antipoderoso", por un nuevo tipo de melodrama de derechas, sin abandonar los elementos de "gancho" popular. Es decir, se mantenía la estructura maniquea y lacrimógena, pero ya no era la pobre huérfana explotada por los ricos malvados, sino que —atención a la maniobra— los ricos pasaban a ser salvadores de la humildad y la bondad atropellada.

En este mundo de la información popular, en el que ocupaban puestos importantes el entonces ministro Arias Salgado y el destacado técnico de la Subsecretaría de Cultura Popular, José Ramón Alonso. En este mundillo, decíamos, Sautier Casaseca escribe y pone en antena "Lo que nunca muere", "La sangre roja" y "Un arrabal junto al cielo". Con esta última se enfada la censura: salen demasiadas chabolas. Se da un toque de atención al folletínista para que abandone

"los temas sociales". Sautier Casaseca aprende muy bien la lección.

Las penas de "Ama Rosa"

"Ama Rosa", la obra cumbre de Sautier, provocó mares de lágrimas y bastante dinero a su autor. Según dice él mismo, cobró de la Sociedad de Autores un total de 12 millones de pesetas de la época, "en el cincuenta y cuatro, creo que fue". Se hicieron, en el teatro, 5.000 representaciones y se vendieron 800.000 ejemplares de la novela. Unos años más tarde, en 1960, el director Leon Klimovski llevó la obra al cine y puso de protagonista de la película a la cantante y actriz Imperio Argentina. A la gente se le había pasado, al parecer, la fiebre, y la versión cinematográfica fue casi un fracaso.

La historia posterior no tiene gran interés: fue un lento declive en la vida de este gran fabricante de mitos que quiso crear —estaba orgulloso de ello— una evasión sentimental para andar por casa: "Si al hombre, por ejemplo —decía—, se le daba el fútbol como nicotina, como adormidera de unas ideas que había que olvidar durante un tiempo, pues a la mujer, metida en su casa, había que darle ese otro entretenimiento". Esta claridad de enfoque socioeconómico y cultural ("Alfonso Paso es para mí el primer autor que hay en España") tuvo su correspondiente reconocimiento oficial. Sautier Casaseca fue tres veces Premio Ondas, y en 1974 recibió la medalla del Trabajo. Los países hermanos de América Latina, o alguno de ellos, también le concedieron varios premios y galardones.

Pocos meses antes de que esta última dolencia hepática se le llevara para siempre, Sautier Casaseca aún tenía una cierta confianza en el futuro y, sobre todo, en el buen acomodo general de este país, que él conocía como pocas personas. Sólo hace unos meses decía, con un matiz de esperanza: "Para mí, el político que veo con porvenir brillante, con talla de gobernante, si no se estropea con sus genialidades, es Fraga Iribarne".

Pero Fraga sí se "estropeó" con sus genialidades y ya nada volvió a ser como en los felices tiempos del estraperlo y las lágrimas; "Ama Rosa" sucumbió ante Vizcaíno Casas y todo el mundo sonreía irónicamente cuando oía mencionar a Sautier Casaseca. Pero él se ha llevado, probablemente para siempre, la voz antigua de la tierra, pasada por el señoritismo irredento de las camisas azules. ■